La inundación

Este es un audiocuento de *Escucha tu Cuento*, de la saga *La Patrulla del Viento*.

Acompaña a los cuatro amigos que, en cada aventura, te enseñarán cómo cuidarte y ayudar a los demás frente a diferentes fenómenos del tiempo atmosférico que pueden generar riesgos.

¡Aprende escuchando a *La Patrulla del Viento*!

Capítulo 3: La inundación

En la ciudad de Juan Lacaze, en el departamento de Colonia, el aire se sentía pesado y húmedo.

El cielo estaba cubierto de nubes oscuras, y el viento comenzaba a soplar más fuerte.

Allí estaban Luna, Mateo, Sofi y Rena, los integrantes de *La Patrulla del Viento*.

Habían viajado para pasar unos días en la casa del abuelo de Mateo, que los había invitado.

Esa tarde, mientras jugaban en el patio, escucharon por la radio una advertencia del Instituto de Meteorología:

—Lluvias intensas y posibles desbordes en zonas bajas de Juan Lacaze. Se solicita precaución.

—¿Escucharon eso? —preguntó Sofi.

—Sí —respondió Mateo— Abuelo siempre dice que cuando el río crece, hay que estar atentos.

—Sí, y tengamos en cuenta lo que nos enseñaron los Amigos del Viento sobre estos eventos: cómo leer las nubes, prevenir accidentes y actuar sin entrar en pánico.

Miraron entonces el cielo, donde aparecían cumulonimbos enormes, de base oscura y con la parte superior aplanada, como una mesa aplastada. Seguramente traían tormenta con rayos y lluvia.

—Entonces, ¡tenemos que estar listos! —dijo Rena.

La Patrulla del Viento se puso en acción.

Ayudaron al abuelo a revisar los desagües, a mover las cosas más pesadas a lugares altos y a desconectar los aparatos eléctricos, ya que con el agua todo lo eléctrico se vuelve peligroso.

Pero pronto la lluvia se volvió más intensa.

El viento soplaba con fuerza, y el agua comenzó a avanzar por las calles cercanas a la Cañada Blanco.

El abuelo llamó al centro de emergencias CECOED para avisar que el nivel del agua estaba subiendo rápido.

Mientras tanto, los integrantes de la Patrulla miraban desde la ventana. Algunas personas intentaban cruzar la calle, y el agua les llegaba a las rodillas.

De repente, Luna señaló algo:

—¡Miren! En esa casa, el agua está entrando por la puerta. ¡Y hay una señora adentro!

El abuelo se acercó con calma.

—Vamos a ayudar, pero sin correr riesgos —dijo—. Mateo, vamos a avisar a las autoridades.

—Y nosotros —agregó Rena— vamos a preparar mantas y linternas, por si las necesitan.

La lluvia no daba tregua.

El abuelo y Mateo llegaron hasta los rescatistas y les indicaron la casa afectada.

Minutos después, una camioneta se acercó entre el agua para auxiliar a la señora.

Los chicos observaban desde el porche, ansiosos, mientras ayudaban a organizar lo que se necesitaba: toallas, frazadas y agua potable.

Cuando la señora fue puesta a salvo, Luna suspiró con alivio.

—Hicimos lo correcto —dijo Sofi—. Tal como nos enseñaron los Amigos del Viento: ayudar siempre, pero sin ponerse en peligro.

Mientras tanto, en otro punto de la ciudad, el Club Independiente había abierto su gimnasio para recibir a las familias evacuadas.

Voluntarios y vecinos llegaban con colchones, ropa seca y comida caliente.

La Patrulla del Viento se sumó a esa tarea solidaria, ayudando a armar los rincones de descanso y entregando juguetes a los niños más pequeños.

Esa noche, todos durmieron en la casa del abuelo, mientras la lluvia golpeaba el techo.

Al día siguiente, el sol empezó a asomar y el agua, poco a poco, comenzó a bajar.

La Patrulla del Viento ayudó a limpiar el barro del frente, separar la basura, llevar víveres y agua a los vecinos más afectados.

Cada acción, por pequeña que fuera, ayudaba a la ciudad a ponerse de pie.

También aprendieron que, en momentos difíciles, hay lugares de la comunidad que pueden transformarse en espacios de ayuda. Por ejemplo, clubes deportivos como el Club Independiente, que ceden sus gimnasios para recibir a las personas evacuadas.

Al caer la tarde, los chicos miraron cómo el río comenzaba a bajar.

Rena dijo:

—Cada tormenta nos enseña algo.

Y Luna agregó:

—Sí... que juntos, y preparados, podemos cuidar de todos.

El abuelo Tato los miró con una sonrisa y añadió:

—Y recuerden siempre algo muy importante: “La resiliencia empieza en casa”. Cuando cada familia aprende a prepararse, cuidarse y recuperarse, toda la comunidad se vuelve más fuerte.

Así finaliza esta misión de *La Patrulla del Viento*, que nos recuerda que antes, durante y después de una inundación, la prevención, la solidaridad y el trabajo en equipo son la mejor manera de mantenernos a salvo.

Hasta la próxima historia, mis queridos amigos y amigas.

¡Chau, chau!